



ADMINISTRACIÓN
 RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
 BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147
 Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:
 D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:
 D. PACIANO ROSS

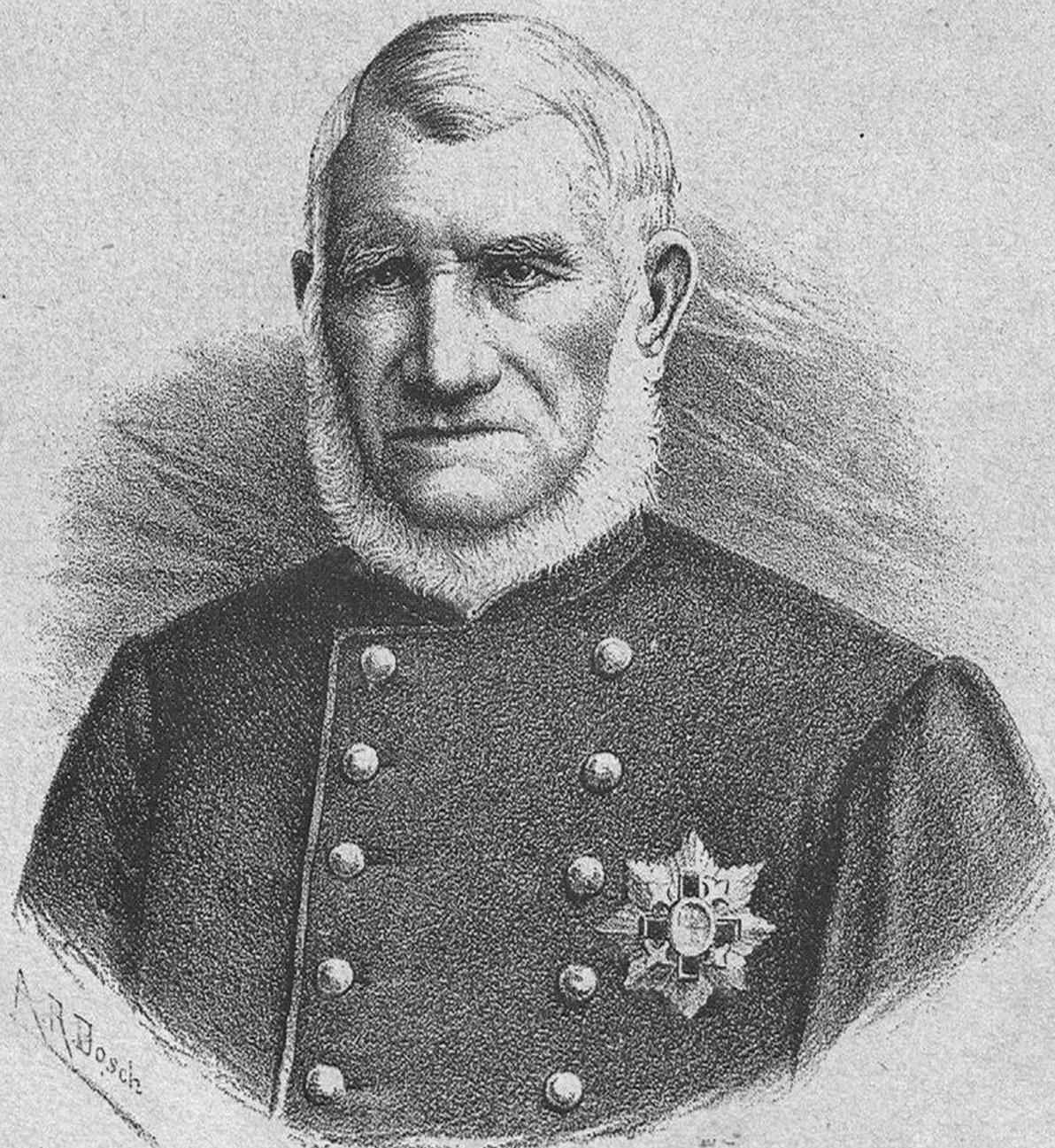
COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
 D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.
 Sr. Conde de Guernica.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



DON JUAN CASTELLS

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

Venecia, 5 de Abril de 1891.

A la viuda del General Cevallos.

Mi querida Adelaida: Que tu marido deja un vacío inmenso en la España católica y monárquica, te lo dicen con harta elocuencia las manifestaciones de dolor que hoy te consuelan. Que en mi corazón lo deja muy grande, no necesitaba decir-telo yo para que lo supieses.

Fiel á cuatro Reyes legítimos, desde Fernando VII hasta mi, resplandecía en mi inolvidable Cevallos la virtud de la consecuencia, que fué el honor de su vida.

Pocos le conocieron tan íntimamente como yo. Con esto queda dicho que pocos pudieron amarle tanto.

Di á Gildo y á sus hermanos que siempre veré en ellos á los hijos de un amigo leal, como veré en ti á la digna compañera de uno de los hombres que más han honrado mi causa.

Con vosotros le lloro, y más que á vosotros me duele que haya partido de este mundo sin haber podido recompensarle en la medida de sus merecimientos.

Dios os dé en tan rudo golpe la conformidad que también para mí le pido, y que Él os guarde y consuele como de corazón lo desea

Tu afectísimo

CARLOS

LAS OPERACIONES MILITARES NOCTURNAS

II Y ÚLTIMO.

TRATÁNDOSE de operaciones nocturnas, hay que tener en cuenta un factor importantísimo, de aplicación variada, cuyo perfeccionamiento será progresivo, dado el avance de las ciencias físico-naturales, y que en adelante ha de jugar mucho y tener gran empleo en tiempo de guerra. Este factor es el alumbrado artificial.

Siempre se ha contado con él, ya para facilitar los movimientos de las tropas, la construcción de obras de defensa y ataque, ya también para descubrir al enemigo y desconcertar las emboscadas ó sorpresas; mas en ninguna ocasión que la historia consigna se habrá llegado á tanta altura en estos recursos ópticos, y en la forma de hacer surgir en medio de las tinieblas de la

noche la claridad suficiente para trabajar, moverse y tal vez guerrear como en pleno día.

Conocióse de antiguo, y estaban en uso las antorchas y las fogatas, con ayuda de las cuales se facilitaban algunos servicios militares; y era consejo prudente algunas veces tener preparados combustibles para encender instantáneamente algunas hogueras, ya como medios ó señales de aviso á las tropas amigas ó aliadas, ya como medios de descubrir al enemigo cuando se barruntaba su aproximación, pudiendo así hallar en él blanco seguro para los disparos. Más tarde vinieron los cohetes portaluces, las luces de bengala y diversos sistemas de producción de luz por combinaciones químicas.

Con estos medios se lograba mejor resultado en la producción de la clarescencia, mayor cantidad de combustible y facilidad en sus transportes, y más larga duración de la luz por la multiplicación de sus producciones. Pero ya hoy la luz eléctrica se sobrepone á los demás sistemas; sus ventajas son indisputables, su aplicación es inmediata y está llamada á ejercer un gran papel en los teatros de la guerra, modificándose y perfeccionándose el uso de la misma. Tal cual hoy la conocemos, con la multiplicación de focos y con ayuda de reflectores energicos, de potentes reverberos, la intensidad y extensión de este alumbrado adquiere proporciones considerables.

Su aplicación es múltiple; los focos de luz pueden variar en cantidad de fuerza y posición; pueden ser fijos y movibles, colocados á flor de tierra ó en el aire, alumbrar á determinadas alturas. A distancia del enemigo, cuando sus proyectiles no pueden hacer daño, el usar de estas luces es cómodo. Prestan admirables servicios en las marchas por los pasos difíciles, puntos de descanso ó racionamiento, para el corte ó destrucción de puentes y en cualquier otro trabajo de fortificación ó modificación de terrenos, etc., etc.

A la proximidad del enemigo varían las circunstancias; la oscuridad de la noche tiene el inconveniente de entorpecer los movimientos, no pudiendo distinguirse bien los objetos ni explorar debidamente los accidentes del terreno; pero también lleva la ventaja de mayor seguridad personal, por la gran dificultad de hacer blancos en los disparos. La luz artificial modifica estas circunstancias. Será un gran auxiliar, bien combinado, para los casos de ataque y defensa; pero en toda ocasión habrá que procurar con gran cuidado tres cosas: 1.^a, proyectar la luz sobre el terreno que ocupa ó ha de ocupar el enemigo; 2.^a, evitar que éste pueda aprovecharse de la misma luz para distinguir á sus contrarios y hacer en ellos blanco de su puntería, y 3.^a, velar porque los focos proyectores de luz estén á salvo de ser destruídos ó inutilizados mientras haya necesidad de su concurso.

¡Quiera Dios que las guerras sean innecesarias, estableciéndose el orden moral en las naciones por otros medios providenciales; pero si alguna de aquéllas llegan á tener lugar en Europa, seguramente del empleo de la luz eléctrica sacará grandes recursos la estrategia!

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

LA MUERTE DE LOS HÉROES

EL pavoroso espectáculo de la muerte deja de serlo para el que la ve llegar, tranquila su conciencia y convencido de haber llenado en vida los deberes que la religión y la sociedad imponen al que, cristiano y caballero, ansía antes muerte honrosa que existencia oscura ó envilecida.

No es dable al hombre sustraerse al temor que la muerte impone. Témenla los más osados; pero cuando del cumplimiento de un deber se trata; cuando el sacrificio de nuestra vida puede redundar en provecho de nuestros semejantes ó de un ideal purísimo que constituye el encanto de nuestra vida y el imán de nuestras afecciones; cuando, en fin, abrigamos la seguridad de que al inmolar la existencia prestamos un servicio á algo sobrenatural, no tememos, no, la muerte, antes parece cual si nos sintiéramos atraídos por fuerza misteriosa que nos la hace desear y no temer, buscarla antes que huirla.

Preguntadle al soldado en acción de guerra, en los momentos aquellos de suprema angustia en que la más ligera vacilación puede producir un fracaso en el campo de pelea; interrogad al mártir por la fe, que presuroso acude al lugar del suplicio dispuesto á confesar á Cristo antes que apostatar; figuraos á la madre que corre en seguimiento del hijo que se halla expuesto á un gran peligro, del cual puede salvarle á costa de su existencia; pensad, finalmente, en el moribundo que ve llegar su postrer momento sin que le remuerda su conciencia y sin que ésta le acuse de falta grave; identificaos con el sentir y pensar de esos seres, y comprenderéis cómo lo propio el mártir por Cristo que el defensor de su Rey, lo mismo la tierna y amorosa madre que el que va á exhalar su postrer aliento, todos, cuando ven llegar el último instante de su vida, sabiendo han cumplido como buenos, no temen la muerte; antes corren en su busca impulsados por fuerza misteriosa ó impulsados por sublime heroísmo, que sólo á las almas generosas es dado comprender.

Bendita la muerte, término y fin de este destierro, cuando tales consideraciones nos sugiera, cuando tranquilamente á ella llegamos. Mas triste desenlace el del drama de la vida, si ésta lo fué de oprobio ó de malquerencia, de deslealtades ó de crímenes.

No será raro maldiga de su existencia y vea llegar temeroso la muerte el criminal empedernido que desoyó la voz del deber y buscó en una vida depravada el talismán que ¡insensato! le hiciera olvidar que nacimos para ser útiles á la sociedad y no para servir de estorbo, para sufrir y no para gozar. Trémulo y despavorido expondrá su vida el soldado cobarde ó traidor que no busca en el sacrificio de aquélla el cumplimiento de un deber y sí la satisfacción á innoble venganza. Con horror llegará al fin de sus días el apóstata que, habiendo desertado del campo de la verdad, ingresara en el del error, donde no cabe hallar consuelo á las penas, lenitivo al dolor ni estímulo para el bien obrar. Y con azoramiento oirá hablar de

trance tan terrible la madre que, aborto vil de la Naturaleza, no sienta en su pecho el amor heroico que á todas las madres suelen inspirar sus hijos, amor heroico capaz de los mayores sacrificios por el hijo amado y de arrostrar toda suerte de penalidades á trueque de recabar un momento de bienestar para el ídolo de su corazón, al cual antes querría ver muerto que desgraciado, y por cuya felicidad diera gustosa cien vidas si fuese esto posible. La madre que así no siente, la que no sabe inspirarse en los sublimes ejemplos de las heroínas cristianas, de las matronas esclarecidas cuyos hechos pregona la fama y esculpieron las crónicas en áureos caracteres, no merece tal dictado; como no es acreedor al de soldado del Rey, ni al de mártir por la Fe, el que, llegada que fuere la ocasión, no está dispuesto á desafiar impávido los tormentos y la muerte en aras de Cristo, de la Patria ó de la Realeza.

¿Que no encajan estas consideraciones en una publicación como EL ESTANDARTE REAL? Vaya que sí, y lo probaremos.

Si la vida del hombre fué siempre milicia sobre la tierra, la del carlista lo es en toda la acepción de la palabra; pues suenan ó no los clarines de la guerra, es su descanso el batallar, y no goza paz ni sosiego, si quiere acreditar el calificativo que ante sus adversarios le presenta como irreconciliable con los que conculcaron los derechos de Dios y pisotearon los del Rey, y desconocedores de lo que á Aquél deben y de lo que Este tiene derecho á exigirles, luchan con todas armas, nobles unas, innobles las más, contra el porfiado defensor de los fueros de la Religión y de la Justicia.

No porque dió fin la guerra acabó el pelear para el carlista de pura sangre; que el enemigo que ayer al pie de las trincheras presentaba noblemente el pecho á nuestros disparos, no es raro verle esgrimir hoy la sátira y la injuria, el escarnio y á veces la calumnia, tomando como blanco al antiguo defensor de la Legitimidad.

Raros podrán ser en las modernas sociedades los ejemplares que merezcan ser propuestos como modelos á las sucesivas generaciones por su desprendimiento y abnegación, por su lealtad á toda prueba y por su amor al sacrificio; pero los únicos que cabe admirar y pueden ser objeto de veneración, los encierra en su campo la Comunión carlista. Y es en balde que se pretenda hallarlos en otra parte alguna.

Posible es que algún día lucharan bastantes de nuestros adversarios con fe por una idea y con entusiasmo por personalidad determinada, pero pasaron para no más volver los tiempos aquellos en que la sangre generosa de nuestro pueblo se ofrecía en aras de mentidas libertades y de utópicas teorías que han caído en absoluto descrédito. Dentro del Carlismo, y por más que puedan algunas excepciones empañar la limpieza del cuadro, es donde única y exclusivamente arde el fuego sacro de amor á las tradiciones y á la patria; fuera de él, todo, salvo casos contadísimos, todo es egoísmo y cálculo.

La prueba á nuestras afirmaciones nos la acaba de

ofrecer bien reciente, por desgracia, la muerte de cinco valerosos soldados carlistas. Cevallos, Castells, Montoya, Ribas y Monroy. Católicos y españoles todos, no sabemos qué admirar más en ellos, si su heroísmo en los días de guerra ó su constancia en los de paz. Suelen ceder en su ardimiento, pasada la lucha, aun muchos de los que durante ella pelearon bizarramente. La inercia enerva y hace ceder á caracteres constantes; mas en los cinco citados, vemos retratada la fe del cruzado y el heroísmo espartano. No por haber terminado la campaña creyéronse desligados de los com-

promisos ni juzgaron rotos los juramentos que les unían á su Dios y á su Rey; antes en la medida de sus fuerzas trabajaron todos ellos, y con firme abnegación siguieron predicando los ideales que les llevaron años antes al campo carlista.

Castells, tipo acabado del guerrero valeroso y del soldado leal, no contento con rechazar las preseas con que el enemigo tratara de atraerlo repetidamente á sus banderas, prefiere el ostracismo y la pobreza, en la completa acepción de la palabra, á tener que respirar el aire mismo que los opresores de su patria; Cevallos,



El Duque de Mecklenburgo.

el más acabado modelo de lealtad, sacrifica sus particulares simpatías, que bien notorias lo fueron hacia el desdichado General Cabrera, cuando alcanzó á comprender la traición de este último; Montoya, invariable en sus afectos á la Causa y al Rey, soldado invicto ayer, propagandista infatigable hoy; Pedro Antonio Ribas, al cual cupo la gloria de mandar el heroico Batallón de Zuavos catalanes, disciplinado como pocos; ninguno más que él valiente y decidido campeón de la Causa en los actuales tiempos de propaganda pacífica; el Marqués de Monroy, venerable octogenario que depuso sus blasones á los pies del Rey, y murió amándole.

¿Hermoso grupo, verdad?

Tan hermoso, que quisiéramos completarlo con otras dos figuras que nos inspiran, como aquéllas, el más apasionado cariño y la más viva simpatía: Lozano y Francesch.

Benditos hombres que así honraron la Causa carlista, y bendita la Causa que tales hombres tuvo.

Posible es que necesiten de una humilde plegaria que para su descanso elevemos al Todopoderoso, y no se la han de negar sus antiguos subordinados ó amigos. Al recordar sus virtudes, envidiamos la suerte que les cupo al vivir como buenos, al pelear como héroes y al morir como mártires.

FRANCISCO DE P. OLLER.

PARTE DETALLADO DE LA BATALLA DE TRAGÓ

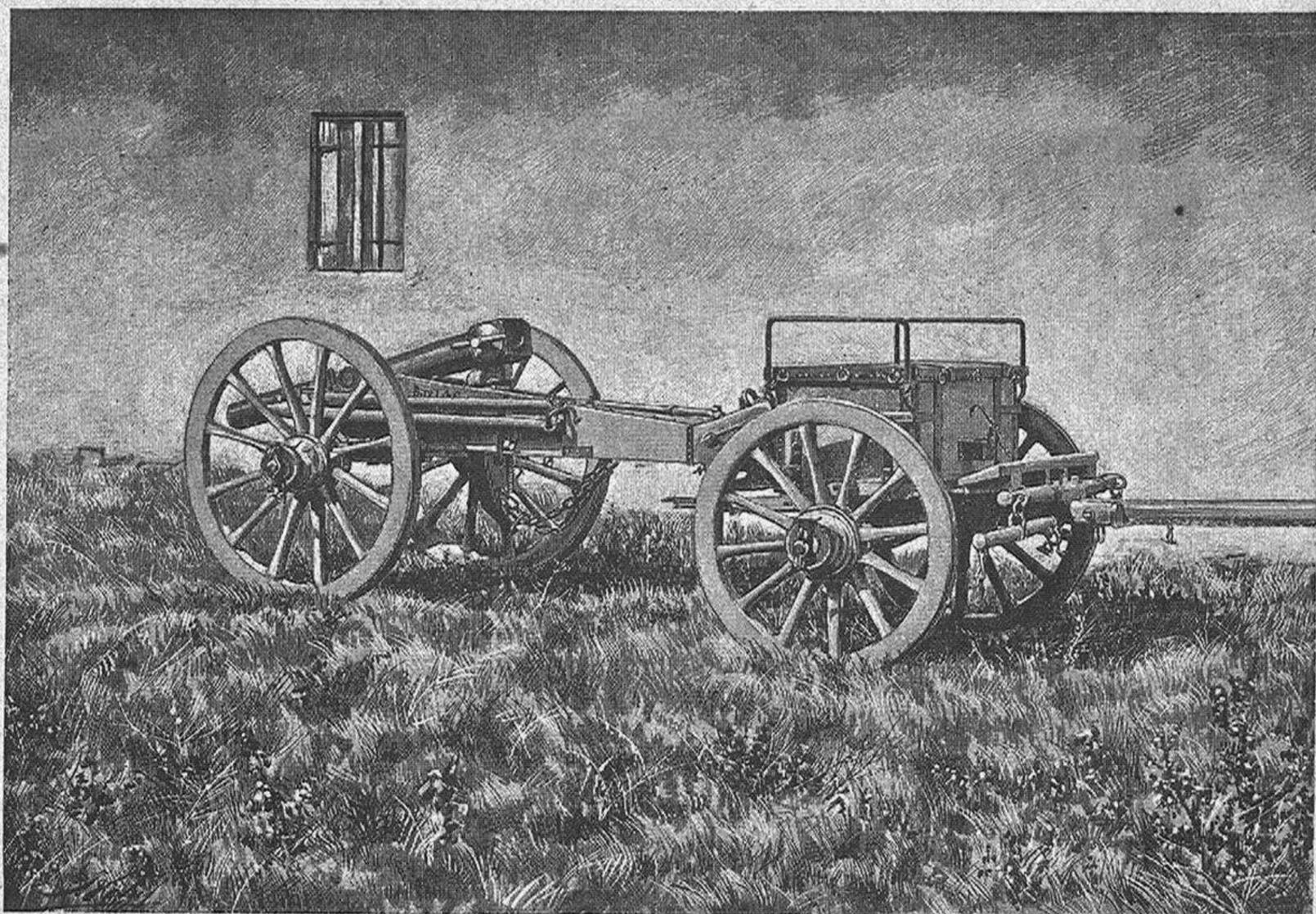
EXCMO. Sr.: Conforme había indicado á V. E. mi intención de pasar y penetrar en Alto Aragón y batir la columna revolucionaria de la provincia de Huesca, mandada por el faccioso Brigadier

Delatre, terror y espanto de esta comarca por las ventajas hasta ahora conseguidas sobre las fuerzas que habían intentado entrar en esta provincia, llegué al pueblo de Tragó el día 22 por la noche, y pernocté en él para esperar al tercer Batallón de Barcelona.

A las ocho de la mañana del día 23 supe que el titulado Brigadier Delatre, después de marchar toda la noche, había llegado á las cinco á Camporrells, pueblo de Aragón, distante dos horas de Tragó; como esto me indicara que podía tener noticia de mi movimiento, preparándose para detenerlo huyendo de la celada que yo le tenía preparada por la parte de la Conca de Tremp, resolví penetrar en Aragón, después de haber

dado dos horas de descanso al tercer Batallón de Barcelona, que se me reunió á las diez en dicho pueblo de Tragó, y batir al enemigo si se me presentaba.

Con efecto; á las doce mandé tocar golpes, y llamada á las doce y media. Formadas las fuerzas en la plaza, se me presentó un voluntario de la guardia de avanzada, diciéndome que el enemigo coronaba las crestas del monte de Tragó, al mismo tiempo que una guerrilla bajaba la montaña, tomando posiciones. Llamé al Coronel jefe de la primera Brigada de esta División, D. José Ferrer, para que con fuerzas de los Batallones segundo, quinto y sexto pasara el puente y atacase al enemigo, disponiendo que doscientos hom-



Artillería carlista.—Cañón Krupp.

bres del quinto y sexto subieran por la izquierda, la mitad del segundo Batallón por el centro y el resto del mismo por la derecha, mientras yo seguía la marcha con las demás fuerzas por el camino real y flanco derecho. El movimiento se hizo con rapidez y precisión, y en menos de una hora, el enemigo fué arrollado y desalojado en toda su primera línea á los gritos de *¡Viva el Rey!*, á pesar de ocupar tan formidables posiciones, asustado sin duda por la decidida y fría actitud de nuestros bravos voluntarios, que trepaban la montaña sin disparar apenas algún tiro.

Obligado el enemigo á dejar las crestas de la montaña de Tragó, tomó nuevas posiciones á la otra parte del mismo, haciéndose fuerte en ellas, y con un valor digno de mejor causa, resistió el empuje de los nues-

tros, y hasta probó atacar á la bayoneta nuestro centro, que mandé reforzar con fuerzas de los Batallones tercero y sexto de Barcelona, disponiendo al mismo tiempo que los Escuadrones de caballería segundo y tercero, flanqueando su ala izquierda y protegidos por cuatro compañías del tercer Batallón, fueran á ponerse á retaguardia del enemigo, á fin de cortarle la retirada y derrotarlo por completo. La caballería se dejó ver por el enemigo, el cual, empujado con vigor por nuestros voluntarios, perdió sus nuevas posiciones y formó en masa en el punto llamado Pla del Sastre; pero atacado de nuevo por nuestra infantería, y temiendo ser envuelto por la caballería, se desconcertó y se pronunció en plena fuga y dispersión hacia el pueblo de Camporrells, hasta donde fué perseguido

por nuestros voluntarios y por la caballería, mandada por el Teniente coronel D. Juan José de Herrera y Cortés.

Hallándonos en un país desconocido y enemigo, y observando que arreciaba séria tempestad de agua y se nos venía encima la noche, mandé llamar y reunir las fuerzas, recoger los heridos y prisioneros y hacerlos conducir á Tragó, mientras yo continuaba la marcha á Estopeñau, donde llegamos calados de agua á las nueve de la noche, para seguirla al otro día hasta esta villa de Benabarre.

Al dar á V. E. conocimiento de esta gloriosa jornada en el día de ayer, dije que el enemigo había tenido unos cuarenta muertos, muchos heridos y unos cien prisioneros; pero recogidos los datos convenientes de los Alcaldes de los pueblos, de los Oficiales prisioneros y de los Jefes, resulta que el número de muertos que el enemigo dejó en el campo ascienden á ciento cuarenta, muchísimos heridos que mandé recoger por los Alcaldes de los pueblos de Tragó, Camporrells y Estopeñau, y entregarlos después de curados al enemigo, quedando en nuestro poder ochenta y ocho prisioneros, entre ellos un Capitán graduado de Comandante, tres Alféreces de infantería y uno de caballería, y catorce heridos de tropa recogidos desde el principio de la acción, trescientos fusiles Remington, doce camillas, cinco caballos, equipajes y todo cuanto llevaba la columna. El titulado Brigadier Delatre escapó en mangas de camisa y pañuelo en la cabeza, dejando en el campo y en nuestro poder su brioso caballo, su levita y su ros, lo cual, y el dicho de los primeros prisioneros, nos había hecho creer la muerte del mismo.

Por nuestra parte tuvimos cuatro muertos y veinte heridos, dos de ellos de gravedad.

Esta victoria contra el orgulloso Delatre es de suma importancia para la causa de S. M., por ser la única conseguida por las armas Reales en el Alto Aragón, no sólo en la presente lucha, sino también durante la guerra civil de los siete años; victoria que ha llenado de consternación al Alto Aragón y habrá reanimado visiblemente la provincia de Lérida. ¡Gloria á Dios, que nos la concedió por mediación de San Jorge, patrón de Cataluña!

Espero que V. E. me permitirá hacer las propuestas de los que más se distinguieron en tan gloriosa jornada y premiar el mérito que en ella contrajeron; debiendo antes de concluir tributar los más sinceros elogios á los Sres. Coroneles D. José Ferrér, Jefe de la primera Brigada de esta División, y D. Domingo Masachs, Jefe del tercer Batallón de Barcelona, Comandantes D. José Pascual, D. Antonio Gras, D. Antonio Frexes, D. Matías Ripoll y D. Enrique Genovés, Jefe de E. M., de esta primera Brigada, por la precisión y valor con que ejecutaron mis órdenes.

Lo que comunico á V. E. para su satisfacción, la de todos los buenos carlistas y para que se sirva ponerlo en conocimiento del Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, suplicándole lo eleve á L. R. P. de S. M. el Rey N. S. (Q. D. G.).

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general

de Benabarre, 23 de Abril de 1875.—Excmo. Sr.: *Juan Castells*.—Excmo. Sr. Capitán general de Cataluña.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

EL ROSARIO DE LECUMBERRI Y LA COMUNIÓN

DE ESTELLA

I

EN todos nuestros estudios sobre la pasada guerra civil, hemos considerado sólo á los carlistas bajo su aspecto militar, y hoy vamos á probar con hechos prácticos su modo de ser con relación al primer lema de nuestra bandera, ó sea bajo el punto de vista religioso y cristiano.

Habían partido de Munárriz á principios de Diciembre de 1873 cuatro batallones navarros y las 4 piezas de montaña afectas á la División de la Provincia, bajo el mando del Comandante general carlista D. Nicolás Olló, para oponerse al General del ejército enemigo D. Domingo Moriones, que había salido de Pamplona con sus fuerzas, y franqueando el puerto de Velate, había tomado la dirección de Irún para socorrer á Tolosa, en combinación con el General republicano Loma, que se hallaba en San Sebastián. Las tropas del general carlista Lizárraga bloqueaban Tolosa, donde iban escaseando los mantenimientos de boca y guerra, y era llegado el caso para la guarnición sitiada de allegarles un pronto y eficaz socorro. Así lo había comprendido el Gobierno de la nación, y en su consecuencia el General Moriones, siguiendo su acostumbrada táctica de amagar un punto para descargar sobre otro; había llamado la atención de los carlistas con algunos Batallones hácia Estella, y por medio de una rapidísima marcha había regresado por Tafalla á Pamplona, y sin descansar en esta capital había salido más rápidamente aún para Velate, cuyo paso franqueó como hemos dicho, no sin haber antes prohibido bajo severas penas la salida de la ciudad fortificada á persona alguna, con el fin de esconder sus propósitos á los carlistas, lo cual se llevó á efecto.

Algo hubo, sin embargo, de traslucirse por Olló, único General que podía oponerse con mediano éxito á los planes de su paisano el General Moriones, por lo cual dispuso que Argonz quedara en Estella con el resto de los Batallones, y él, como hemos dicho al principio de este estudio, había salido de Estella el día antes, pernctado en Munárriz y tomado la dirección de Lecumberrí, desde donde, conocida la dirección de su contrario, se proponía cortar el paso de la columna enemiga.

Sabido es que éste logró su objeto táctico y material, no sin regar copiosamente con la sangre de sus tropas las cumbres de Asteasu y Velabieta, cuya reñida acción hemos descrito en otros apuntes (1). No

(1) Véase el núm. 19 de EL ESTANDARTE REAL.

es, pues, nuestro ánimo volver sobre aquellos sucesos, ni hablar del forzado desenlace que para él tuvo una operación tan hábilmente emprendida y llevada á cabo, como con estricta justicia le concedemos. Tolosa fué abastecida pero encontrando cerrados todos los caminos, tuvo después que embarcar sus fuerzas y por tanto no sin padecer considerablemente la moral de sus tropas y el espíritu de la nación, como se consignó en los periódicos de aquella época.

Volvamos á los carlistas. Antes de amanecer habían salido del pueblo de Munárriz, y por caminos poco menos que imposibles arribaron á Lecumberri antes de anoecer. Á pesar de tan fatigosa marcha, el soldado navarro, vivo de suyo é impresionable, saltando de peña en peña, no había interrumpido un solo momento su alegría y su buen humor, ni los cantos que por entonces estaban más en boga, referentes, por supuesto, á los asuntos de la guerra. Recordamos uno de ellos precisamente, que aludiendo á la victoria de Eraul, decía así:

«El día cuatro de mayo
celebraron la función,
y al otro día siguiente
les quitamos un cañón.
Les quitamos un cañón
y del otro la cureña,
y el otro no le quitamos
porque había mucha leña (1).

Llegados á la plaza Mayor del pueblo, previo un ligero descanso en las eras, donde formaron militarmente; sin limpiarse el polvo del camino, como vulgarmente se dice, pasaron rápidamente desde la formación en columna á la del cuadro, con profunda sorpresa del que esto escribe. Acto seguido, y á una voz del Jefe del 2.º Batallón de Navarra, D. Teodoro Rada, apareció en medio el Padre Capellán y se comenzó á rezar el rosario. Era de ver entonces á aquellos valientes, que teñido habían las puntas de sus bayonetas en sangre de sus enemigos en Monreal, Udabe, Eraul, Mañeru y Montejurra, entonar las preces del sagrado rezo en honor de la Virgen. Sorprendente espectáculo para quien como yo presenciaba por primera vez la plegaria; pues aun cuando de oídas sabía que en los cantones se practicaba siempre por los carlistas con arreglo á lo preceptuado en las antiguas Ordenanzas del ejército, nunca lo había presenciado en medio del campo ni de una plaza pública.

Es indecible la gratísima sorpresa, repito, que en mí produjo el acto de Lecumberri; parecía verme rodeado de las piadosas tropas de la Vendée, y en aquellos momentos creí ver convertido al valeroso Jefe navarro en un Charette ó un Larochejaquelin: la semejanza

(1) Para comprender el cantar, de autor ignorado, por supuesto, debemos decir que el ejército liberal había celebrado con una gran fiesta el levantamiento del primer sitio de Estella el día 4 de Mayo de 1873, habiendo sido arrollados el día 5 en las cumbres de Eraul por los carlistas navarros.

para mí era completa, pues los voluntarios carlistas, ostentando en su pecho el dulce emblema del Corazón de Jesús, firmes en sus puestos, con las armas descansadas, contestaban con sus oficiales á los rezos del sacerdote, y hasta que hubo terminado el Rosario no desfilaron aquellos arrojados campeones á buscar su ración y el necesario descanso á tan larga y fatigosa marcha, que había durado doce horas.

II

Al evocar tan gratos recuerdos de otros días, no puedo menos de relatar otro hecho, que en mí produjo tan hondísima impresión como el del Rosario de Lecumberri; me refiero á la comunión de los artilleros en Estella el 15 de Agosto de 1874. Aconteció del modo siguiente:

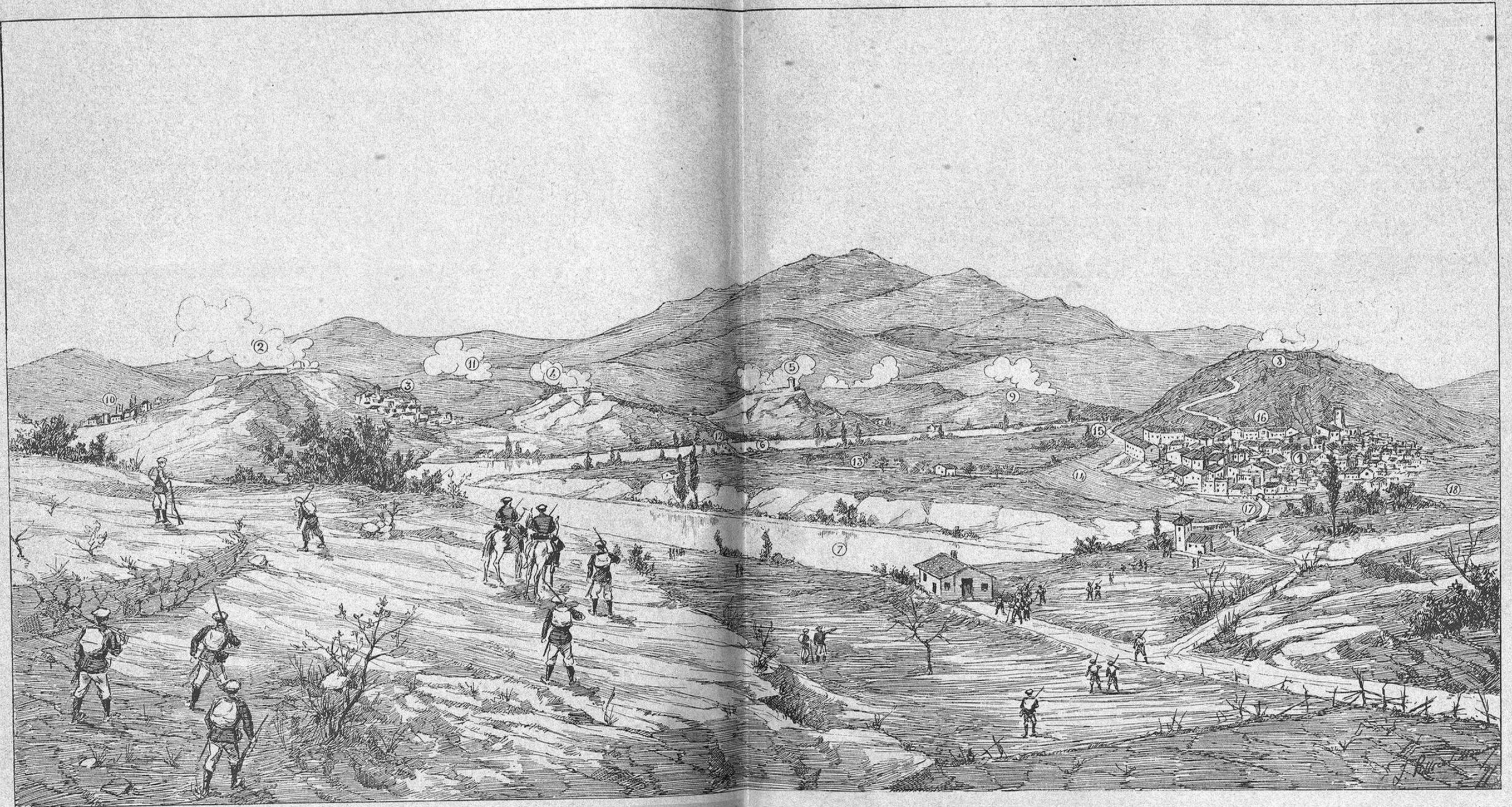
Allá por el mes de Abril del mismo año habían desembarcado en Ondárroa y Motrico 27 cañones, con reducido número de montajes, que el insigne patricio vascongado D. Tirso Olazábal había proporcionado á los carlistas (1). Los cañones, como queda dicho, carecían de cureñas y carros de municiones; pero bajo la inmediata dirección del ilustre D. Juan María Mestre, Comandante general de Artillería, del Coronel Pagés y Comandantes Dorda é Ibarra, se emprendieron importantísimos trabajos en la Fábrica de Azpeitia, convertida en Maestranza, en términos de que en el brevísimo intervalo de un mes saltan para Navarra la 1.ª Batería montada, sistema Vavasseur, á cargar por la recámara, al mando del que esto escribe; á la cual siguieron sucesivamente la 2.ª, 3.ª y 4.ª, dirigidas por sus antiguos compañeros en el ejército de Isabel II, Prada, Rodríguez Vera y García Gutiérrez.

La 1.ª llegó dos días después de las batallas de Abárzuza que tan funestas habían sido á la causa republicana. Aun resuenan en mis oídos los bravos y vítores que despertó en la ciudad santa del Carlismo la vista de los seis cañones que, seguidos de sus carros de municiones y precedidos por nutrida banda de clarines, dieron vista en la plaza de San Juan al alojamiento del entonces General en Jefe D. Antonio Dorregaray, que con su Jefe de Estado mayor Oliver presenciaron su entrada desde sus balcones. Ante ellos aparcó la Batería, guardando los intervalos reglamentarios, como si toda la vida se hubieran ocupado en hacerlo así (2). Como el mérito no era mío, séame permitido consignarlo aquí: era el primer caso que en mi larga vida militar puedo citar de que en escasos quince días aquellos artilleros tuvieron instrucción práctica suficiente

(1) El autor de estas líneas tuvo la gratísima honra de haber sido comisionado para buscar y comprar atalajes en Francia, para cuatro baterías montadas, y á los quince días depositó en el parque de Azpeitia tan necesario elemento para arrastrar los cañones recibidos, cuyos atalajes procedían de la artillería móvil francesa que existía almacenada en Burdeos desde la guerra franco-prusiana.

(2) Harto hacían aquellos voluntarios en haber bajado y subido puertos sin novedad en su ganado ni material.

EL ESTANDARTE REAL



VISTA PANORAMICA DE LA SEO DE URGEL. — SITIO DE 1875.

- 1 Seo de Urgel.
- 2 Ciudadela.
- 3 Castellciutat.
- 4 Castillo.

- 5 Torre de Solsona.
- 6 Río Balira.
- 7 Río Segre.
- 8 Bateria liberal.

- 9 Bateria liberal.
- 10 Montferre.
- 11 Sierra del Corp, atrincherada por los ingenieros carlistas.

- 12 Puente de piedra.
- 13 Paseo.
- 14 Puerta de la Princesa.
- 15 Avanzada carlista.

- 16 Seminario.
- 17 Puerta de San Agustín.
- 18 Camino de Puigcerdá.

para realizar lo que en tiempos ordinarios se empleaban cuatro meses.

Al día siguiente comenzaron los ejercicios en un terreno nominado la *pieza del Conde*, y á la llegada de la 2.^a Batería (que por cierto estaba formada de vizcaínos), dotada de cañones largos de bronce de 8 centímetros, sustituidos al poco tiempo por los del sistema Krupp, ya la 1.^a había terminado la instrucción de Batería. Era tal la emulación que entre todas se despertó, que apenas llegó á un mes laboral el tiempo empleado para poder romper el fuego y moverse al trote y galope con extraordinaria soltura en todas ellas, que al llegar á fines de Julio la 3.^a y 4.^a, compuesta aquélla de 8 cañones Wolwich y ésta de 4 Withwort, pudo constituirse un Regimiento montado maniobrero, dispuesto á todas las eventualidades del porvenir. De él se encargaron, como 1.^o y 2.^o Jefe, los Coroneles Guzmán y Brea.

Llegamos por fin al domingo que precediera á la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen: al salir de misa las Baterías, del convento de monjas de San Benito, donde tenían por costumbre reunirse para cumplir el divino precepto, el que esto refiere, Jefe más antiguo á la sazón de las Baterías, hubo de llamarles la atención sobre la festividad que se acercaba, añadiendo bien lacónicamente por cierto que él y los demás Jefes y Oficiales habían pensado comulgar reunidos el día 15, en honor de la fiesta de la Virgen, en descargo de sus pecados y en súplica de su poderosa ayuda en los combates, teniendo un especial gusto en que sus artilleros les acompañasen. Acto seguido desfiló cada cual á su alojamiento.

Pues bien; ¿cuál sería la sorpresa agradable de los Jefes del Cuerpo, cuando el solemne día de la Asunción no dejaron de asistir á la sagrada mesa más que los contados de imprescindible servicio, que se hallaban en las cuadras aquel día? ¿Pudo darse espectáculo más conmovedor y brillante?

Han pasado desde entonces diecisiete años, y fué tan grande la impresión que recibiera en aquellos momentos, á pesar de haberla visto reproducida después multitud de veces, que no es dable explicarla, sino sentirla. Con tropas, con voluntarios de la legitimidad como los de la División Guipuzcoana, que á la más leve indicación de su General el piadoso Lizárraga no entraban en combate sin recibir fervorosamente la Sagrada Eucaristía, ¿cómo era posible no alimentar las más risueñas esperanzas? ¿Y qué decir del catolicismo ferviente del Jefe del 1.^o de Navarra, D. Eusebio Rodríguez (Comandante general luego de Guipúzcoa), á quien no faltaba nunca tiempo para oír el santo sacrificio de la Misa, aun cuando las marchas se emprendieran al rayar el día? ¿Qué decir de todos ellos, en fin, de los vizcaínos y castellanos, que sueltos y sin prevención de ninguna clase de sus superiores, llenaban diariamente las bóvedas de las iglesias de Durango y Vergara, de Estella y Valmaseda?

Al evocar estos recuerdos, aun me parece verme entre ellos, admirando el contraste de sus virtudes cristianas con el entusiasmo con que á los pocos mo-

mentos de realizar algún acto religioso, se lanzaban á la bayoneta sin contar el número de sus contrarios. Llor á aquellas bravísimas tropas que tan bien cumplieron siempre con los otros dos lemas de nuestra sacrosanta bandera con la misma fe que tenían por el primero de ellos.

Madrid, 1891.

ANTONIO BREA.

BOCETOS MILITARES

III Y ÚLTIMO

En efecto, y sin fijarnos más que en las batallas de San Pedro Abanto y Montemuro, por ejemplo, recordaremos que en la primera de ellas atacaron los liberales las posiciones carlistas lanzando contra ellas 48 batallones, después de cañonearlas dos días desde el mar con la artillería de la escuadra, fuerte de 23 cañones de 20, 18, 16, 15 y 8, y desde tierra con dos piezas de á 16, cuatro de á 12, de posición, 12 de á 10, de reserva, 18 de á 8, Krupp, 12 de á 8, Plasencia, y dos de montaña, sistema antiguo, provistas todas de abundantes repuestos de municiones. Para contrarrestar los fuegos de todas estas fuerzas, sólo disponían los carlistas de 19 batallones y cuatro cañones de montaña, emplazados á la izquierda del Montañó, y dos de batalla en Santa Juliana. En la batalla de Montemuro solamente contaban los carlistas con las mismas cuatro piezas de montaña á las inmediatas órdenes del general Dorregaray, las dos de batalla que emplazaron en la batería de Echavarri y 26 batallones esparcidos en una línea harto difícil de sostener, dado su mucho desarrollo, y en cambio los liberales les atacaron con 65 batallones, 20 cañones Plasencia y 68 Krupp de batalla.

A la vista de la enorme diferencia entre los elementos de combate que ponían en juego carlistas y liberales, pues también los segundos tenían en el Norte tres regimientos de Ingenieros y su caballería era siempre mucho más numerosa y mejor que la de los primeros (pues para su organización tropezaba el ejército carlista del Norte con la falta de buenos caballos, que tan lastimosamente se hace sentir en las provincias cantábricas); ante la enorme diferencia que acabamos de hacer notar, parece increíble que los voluntarios de Carlos VII hicieran frente y derrotasen repetidas veces á tropas que tanto les aventajaban en fuerza material. Sería esto increíble, si al mismo tiempo no tuviéramos presente la fe y el entusiasmo con que habían salido á campaña; fe y entusiasmo en cuya virtud el 1.^o de Alava, el 4.^o de Castilla y el 4.^o de Alava, cuando supieron que en la madrugada del 27 de Marzo iban á ser relevados, aunque el primero había sufrido ya 180 bajas, y el segundo había prestado el servicio de avanzadas en los dos primeros días de la batalla, y el tercero había ocupado durante los mismos dos días á San Pedro Abanto (punto del mayor peligro y constantemente hostilizado por las tropas liberales), á pesar de todo, los tres batallones pidieron se les dejase en

los puntos que tan brillantemente habían defendido, resueltos á sostenerse en ellos hasta perder el último hombre; fe y entusiasmo en cuya virtud una compañía del 4.º de Navarra, que ante el fuego de ocho cañones Krupp que disparaban exclusivamente sobre ella, trató de retirarse de Mantres, advertida por sus oficiales de que el Rey estaba á pocos pasos, volvió á la trinchera rezando en alta voz el acto de contrición, para dar á entender que estaban dispuestos á morir como cumple á soldados tradicionalistas, tan valientes como cristianos; fe y entusiasmo, en fin, que infundiendo en los militares carlistas de esta última campaña el mismo valor que siempre distinguió á los de las dos guerras anteriores, hacía exclamar lleno de legítimo orgullo al digno sucesor de nuestros antiguos reyes, tan humildes ante Dios como valerosos ante los enemigos de la Patria: «Voluntarios: Escasos de recursos, pero ricos en fe y heroísmo, habéis sabido mantener á gran altura una campaña inverosímil, fabulosa....»

En el plan de operaciones contra Estella, fechado en Lodosa el 21 de Junio de 1874 y transmitido á sus generales por el Marqués del Duero, decía éste: «La numerosa artillería que se puede desplegar ha de ocasionar á los carlistas tantas pérdidas que les obligará á abandonar sus posiciones»; y más tarde, el 26 de Junio, en una orden que dió al general Rosell, jefe del primer cuerpo del ejército liberal, después de dos días seguidos de batalla y refiriéndose á las operaciones del siguiente, le decía: «Decidirá la jornada la toma de Muru, que se halla bien defendido sobre la cordillera, con unos bosques á cierta distancia de la subida; pero obrará contra él la mayor parte de la artillería, y sus defensores no tendrán más remedio que retirarse.» Mal conocía el Marqués del Duero, á pesar de sus excelentes condiciones militares, el temple de nuestras tropas; y es que, rodeado de liberales, nada pudo advertirle de que *la fe traslada montañas*. En efecto, todo el día 27 se lo pasaron 40 piezas cañoneando exclusivamente la ermita de San Pedro de Muru; pero aunque sus granadas, destrozando los parapetos, sembraron de cadáveres las zanjas, el 3.º de Navarra, mandado por el entonces Coronel D. Simón de Montoya, el héroe de Biurrún, no abandonó su puesto un solo instante: tranquilos y serenos sufrieron los voluntarios carlistas el fuego de la artillería enemiga, hasta que á las siete de la tarde se lanzaron al asalto las tropas liberales, sobre las cuales cargaron á la bayoneta, haciéndoles desistir de su empeño, después de matar al general en jefe, que había creído fácil empresa vencerles con el solo esfuerzo de sus numerosos cañones.

Cada vez que repasamos la historia de nuestras guerras; cada vez que evocamos los gloriosos recuerdos de las proezas militares realizadas por los soldados de la intransigencia católica y de la legitimidad española, al contemplar su fe y su entusiasmo, sólo comparables con la fé y el entusiasmo de los zuavos del Marqués de Pimodán, *los mártires de Castelfidardo*, no podemos menos, como cristianos, como españoles y como militares, de bendecir á Dios que nos ha concedido la honra de nacer y vivir *carlistas*; que

la historia del más oscuro de nuestros voluntarios vale más, mucho más, que todos los entorchados, y todos los honores, y todas las riquezas con que el liberalismo premia la apostasía y las traiciones.

Para dar una idea de cómo los carlistas, siempre es casos de municiones, faltos de ellas muchas veces, defendían sus trincheras, nada mejor se nos ocurre que trasladar aquí copia de la orden general que el inolvidable D. Nicolás Ollo dió seis días antes de la batalla de Somorrostro, orden cuyo exacto cumplimiento recordaron después: el mismo General Ollo, en 16 de Marzo; el General Dorregaray, antes de Montemuro, y todos los Generales que se sucedieron en el mando del ejército del Norte.

«Orden general del 19 de Febrero de 1874, en San Salvador del Valle. — Estando atrincheradas todas nuestras fuerzas que ocupan la primera línea de nuestras posiciones, prohibo absolutamente, y los jefes de los Cuerpos serán responsables, que se rompa el fuego á más distancia que á cien metros, y esto en el caso de que el enemigo se presente en el orden cerrado; pues haciéndolo en el abierto ó de guerrillas, debe despreciarse, aunque la distancia sea de veinte pasos; porque mucho más nos hemos de hacer respetar conservando nuestras municiones, que consumiéndolas inútilmente, y en último caso haremos uso de las bayonetas para rechazarlos y obtener una victoria que de seguro ha de conducir á nuestro Soberano al solio de sus mayores. — Los jefes leerán esta orden general á sus respectivos batallones. — El General, Comandante general interino, *Nicolás Ollo*.»

REYNALDO BREA.

DOCUMENTOS DE LA GUERRA

SECRETARÍA DE ESTADO

Y DEL DESPACHO DE HACIENDA

Circular á los Sres. Presidentes de los Consejos de Administración de ferrocarriles, y á los Sres. Presidentes de las Cámaras de Comercio de España y del Extranjero.

Sr. Presidente: Cerca de dos meses há que el Gobierno de S. M. el R., mi Augusto amo, y el Gobierno alfonsino, á petición de la Compañía del ferrocarril del Norte, se pusieron de acuerdo para admitir en principio la libre circulación de los trenes entre Miranda é Irún, á condición de que no habían de transportar tropas, armas, municiones ni material de guerra de ninguna especie.

Admitida de esta suerte la neutralidad de la vía férrea, el Secretario de Estado que suscribe y el excelentísimo Sr. Teniente general D. Antonio Díaz de Mogrovejo, delegados por el R., y los Sres. Ibarrola y Polack, administradores de la Compañía del Norte, debían reunirse en el Cuartel Real á fin de discutir y acordar las medidas militares y las condiciones rentísticas en cuya virtud podría restablecerse la libre circulación en la línea.

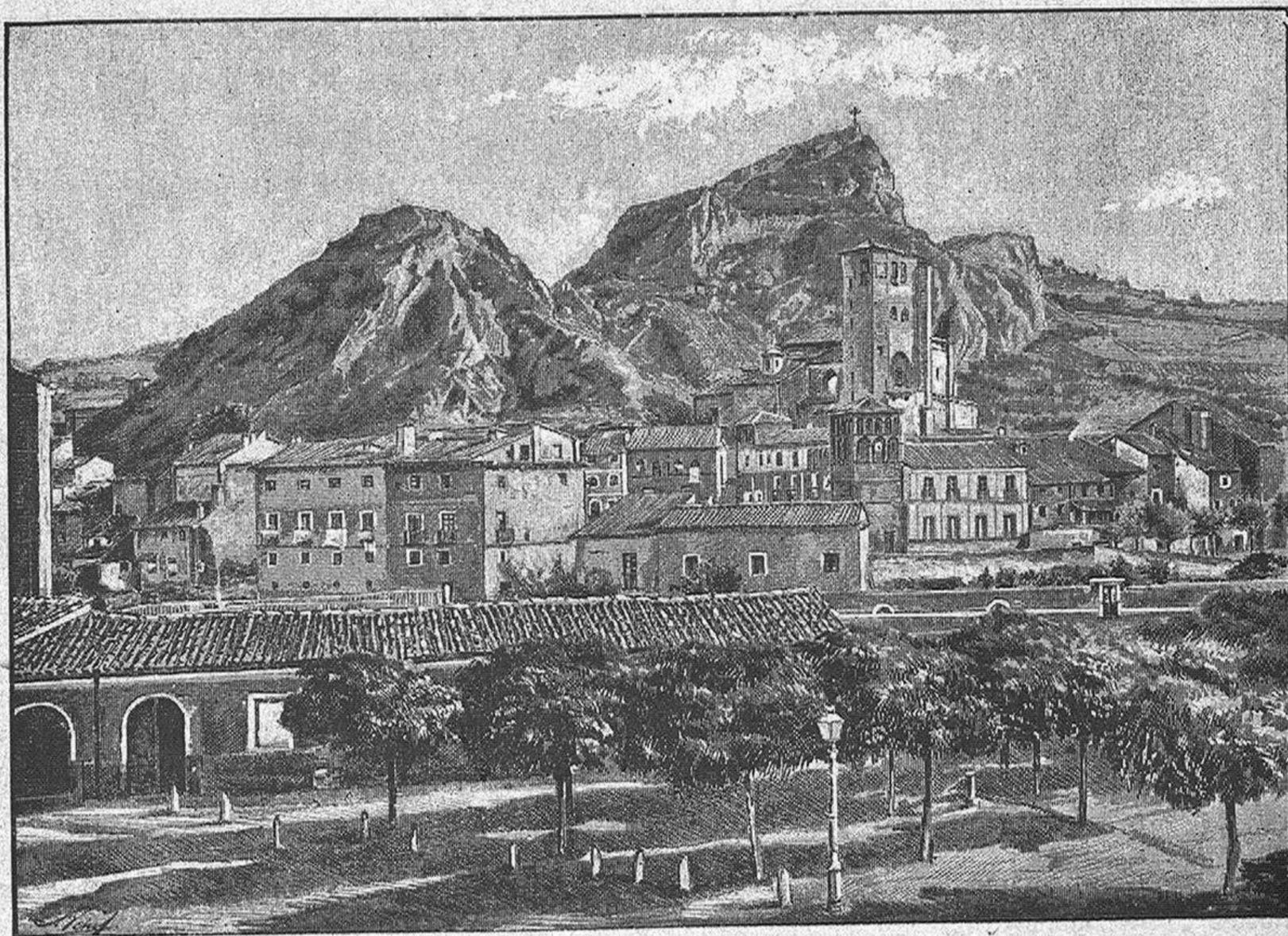
Con arreglo á lo que se había tratado y convenido de común acuerdo entre los delegados de S. M. y los representantes de la Compañía, las negociaciones debían comenzar el 23 de Abril último. Pero en vano se ha esperado durante un mes en el Cuartel Real á los Sres. Ibarrola y Polack; hasta que por fin la compañía del Norte, por medio de M. Isaac Péreire, confesó la imposibilidad en que se hallaba de pasar adelante, porque el Gobierno alfonsino no quería sostener el compromiso adquirido con la mencionada Compañía. Desde este momento el gobierno de S. M. se creyó nuevamente poseedor de su completa libertad de acción.

Tales son, Sr. Presidente, los innegables hechos que tengo el honor de poner en su conocimiento, á fin de

que el comercio y la industria, de que es usted natural representante, sepan que el Gobierno alfonsino es el único responsable hoy de la interrupción del ferrocarril del Norte de España.

Pero no creería cumplir totalmente con mi deber si me limitase á exponer estos hechos. Parece además justo y necesario examinar detalladamente cuál ha sido en estas circunstancias:

- 1.º La conducta del Gobierno alfonsino.
- 2.º La conducta de la Compañía del ferrocarril del Norte.
- 3.º La conducta de S. M. el R. D. Carlos VII, mi Augusto amo.



Estella.

I

CONDUCTA DEL GOBIERNO ALFONSINO

¿Por qué el Sr. Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de ministros, y el señor general Jovellar, ministro de la Guerra, después de haber admitido la neutralidad de la vía férrea entre la frontera francesa y el Ebro, no han querido mantener su compromiso? ¿Por qué han impedido á los representantes de la Compañía del Norte negociar con los delegados de S. M.?

Si el Gobierno de Madrid admitió aquella neutralidad sólo con la esperanza de que el R. faltase á su palabra, hay que reconocer que el Gobierno de Madrid ha caído en sus propias redes.

Sabe, por otra parte, S. M. el R. que varios generales del ejército alfonsino del Norte, al tener noticia del acuerdo mencionado, protestaron ante el general en jefe, diciendo que, después del convenio relativo á los prisioneros y á los heridos, en virtud del cual los carlistas eran reconocidos como beligerantes, les parecía imposible que se diese un paso más en el camino del reconocimiento. Entonces el general Quesada, general en jefe de aquel ejército del Norte, marchó á Madrid, dejando interinamente el mando al general Loma.

Sea lo que quiera, el Gobierno alfonsino tiene que optar entre la confesión de su mala fe ó la de su impotencia para hacer respetar sus compromisos contra las

reclamaciones de un ejército indisciplinado y desalentado.

II

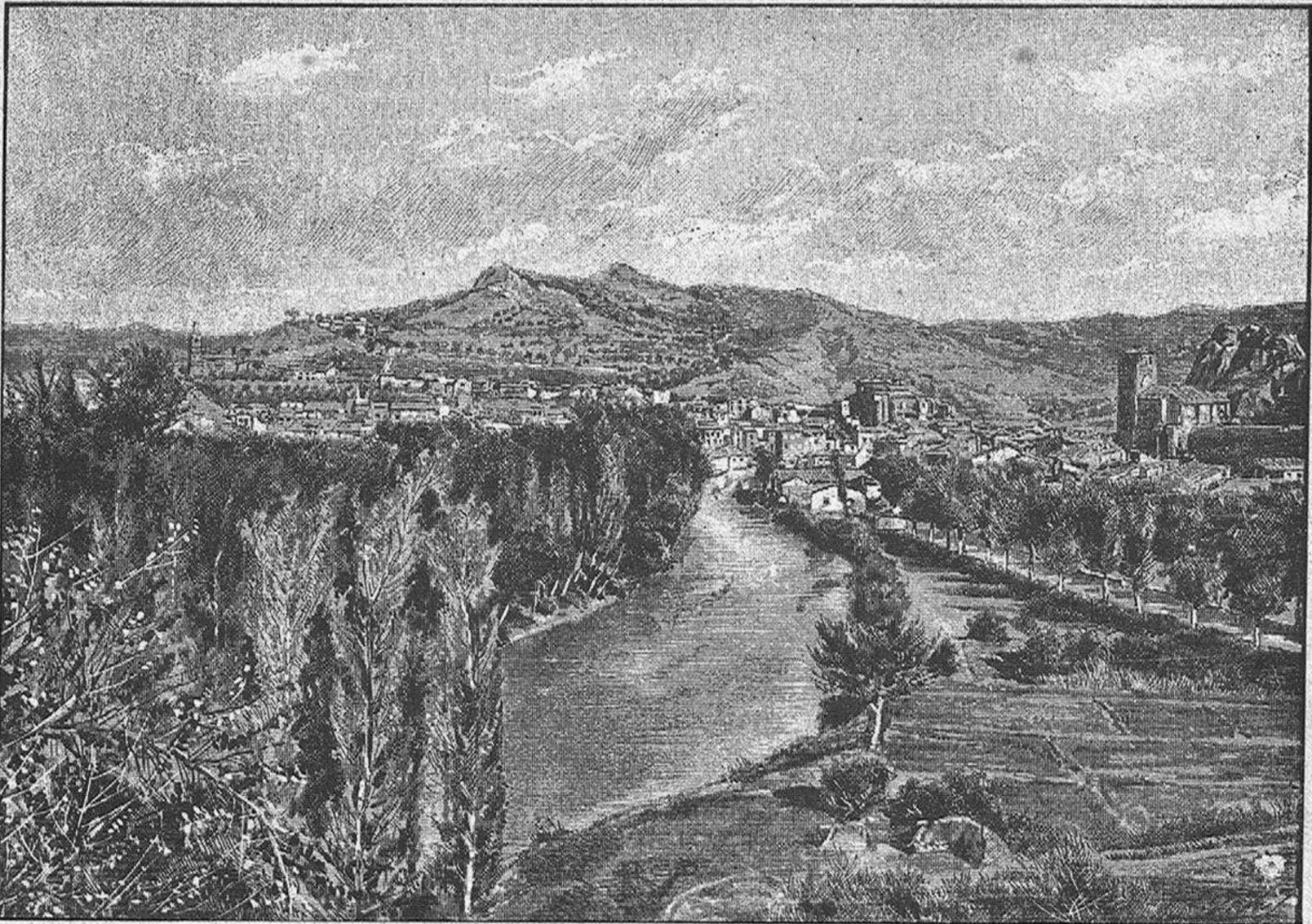
CONDUCTA DE LA COMPAÑÍA DEL FERROCARRIL DEL NORTE

La Compañía del ferrocarril del Norte ha tomado desde el principio de la guerra una actitud ofensiva bajo todas las formas posibles: por medio de las armas, por medio de la Prensa y por el concurso metálico que ha prestado á todos los Gobiernos revolucionarios que durante tres años han dominado sucesivamente en Madrid: Monarquía extranjera de Amadeo de

Saboya. — República unitaria. — República federal y cantonalista. — Dictadura de Castelar. — Dictadura de Serrano. — Gobierno alfonsino.

Por medio de las armas. — La Compañía del Norte ha armado á sus dependientes y fortificado las estaciones, edificios, bocas de túnel y hasta las locomotoras. Monsieur Pirels, su ingeniero jefe, por decreto inserto en la *Gaceta de Madrid*, ha sido agraciado con la gran cruz del Mérito militar, por servicios de guerra.

Por medio de la Prensa. — Es público y notorio que M. Isaac Péreire, presidente del Comité directivo de París, redacta *La semana financiera, industrial y comercial* que se publica todos los lunes en el periódico *La Liberté*.



Cercanías de Estella.

Fácil sería citar erróneos asertos procedentes de su pluma, desde hace dos años, contra la causa del R... Basta, sin embargo, citar uno solo, no por que sea de los más graves, sino porque es el más reciente y por consecuencia el más reprehensible. Monsieur Isaac Péreire escribía en *La semana financiera, industrial y comercial* del lunes 19 de Abril último lo que sigue:

«La tendencia á la alza en las acciones del ferrocarril del Norte es evidente, y en cierto modo está en la atmósfera: tal es la confianza que se tiene en el porvenir de este gran negocio.» Y más adelante: «Añadamos que la guerra civil está próxima á su término. El Pretendiente no podrá sostenerse mucho tiempo ante la disolución cada día más completa de su ejército, y

hay motivos para esperar la reapertura del ferrocarril del Norte dentro de breve término.»

Nótese que cuando M. Isaac Péreire se expresaba así, hacía apenas cuarenta y ocho horas que conocía la adhesión de S. M. el R.. Carlos VII á la neutralidad admitida al principio por el Gobierno de Madrid. ¿Cómo explicar que M. Isaac Péreire desfigure así la verdad, en el momento mismo en que la Compañía del Norte acababa de obtener un favor generosamente concedido por el R..? ¿Cómo calificar semejante conducta? A su vez, los administradores de la Compañía que residen en Madrid publican ó dejan publicar sin desmentirlo, en *La Epoca* del lunes 10 de Mayo, un suelto así redactado, 1.^a página *in fine*: «La Compañía

del ferrocarril del Norte niega que los carlistas hayan autorizado la circulación de los trenes en toda la línea, y afirma que los carlistas han prometido solamente respetar la vía bajo condición de que no circulará ninguna locomotora entre Miranda y Hendaya.»

Por concurso metálico.—El Gobierno alfonsino y los Gobiernos revolucionarios que le han precedido, han puesto á España en estado de bancarrota. Hace dos años que no se paga la renta española. El Tesoro de Madrid está vacío, y en Cataluña, en Aragón, en Valencia, en ambas Castillas, en Navarra, en las provincias Vascaas, en todas partes, la victoria ha vuelto la espalda á la bandera alfonsina.

Todos los ingresos juntos del presupuesto no bastan para satisfacer los gastos de la guerra. Los periódicos ministeriales, como *La Epoca* y *La Correspondencia*, se encargan de decirnos que hasta el pago de los abastos del ejército está en Madrid retrasado por una suma de más de *dieciséis millones* de reales. ¿Qué sucederá en las demás provincias?

En estas condiciones se le han cerrado todas las plazas de Europa para realizar un empréstito, y sin embargo, ciertas Administraciones de ferrocarriles del Norte no vacilan en favorecer empréstitos que agrandan cada día el abismo rentístico en que está hundida España. Estoy autorizado por el R... para declarar que nunca reconocerá semejantes empréstitos.

Es de notar que el Sr. Alonso Martínez, presidente del Consejo de Administración del ferrocarril del Norte, se dedica en la actualidad más que nunca á los negocios políticos. Los periódicos de Madrid así lo manifiestan. Esto priva por fuerza al presidente de la Compañía de una gran parte de su libertad de acción respecto del Gobierno alfonsino. ¿Por qué, finalmente, la Compañía del Norte no declaró con franqueza, desde que lo supo, que el Gobierno alfonsino no quería cumplir con el compromiso que adquirió, en lugar de excusar durante un mes la tardanza de sus representantes con supuestas dificultades de viaje, cuando tenía noticia de que se habían dado órdenes especiales á las avanzadas carlistas para recibir dignamente á los Sres. Ibarrola y Polack, y en caso necesario favorecer su tránsito?

III

CONDUCTA DEL GOBIERNO DEL R.. CARLOS VII

¡Qué diferente es la conducta del R.. mi Augusto amo! Hace más de un año que autorizó á la Compañía del Norte para reparar todos los desperfectos causados por las necesidades de la guerra, de tal suerte que la circulación de los trenes de viajeros y mercancías entre Hendaya y Madrid puede restablecerse en el término de veinticuatro horas.

Demás de esto, desde el momento en que dió su palabra el R.. y aceptó el principio de la neutralidad de la línea entre la frontera francesa y el Ebro, mandó tomar las disposiciones administrativas y militares siguientes:

1.º El Excmo. Sr. Conde de Belascoain, Director general de Comunicaciones, dirige con fecha 19 de Abril una circular á las Diputaciones de las provincias cruzadas por la línea férrea, para que recuerden á los pueblos el respeto que se debe á la vía, á las estaciones y á todo el material, bajo pena de que los contraventores sean entregados á los tribunales competentes.

2.º La Diputación de Guipúzcoa dirige una circular en este sentido á todos los alcaldes; circular que se fija en la puerta de los Ayuntamientos y se publica según los usos adoptados para dar á conocer los actos de la autoridad.

La Diputación del reino de Navarra dirige, con fecha de 23 de Abril último, una circular á todos los alcaldes para que se adopten en aquel reino las mismas medidas que en Guipúzcoa.

Estas tres circulares han sido insertas en la parte oficial del periódico intitulado *El Cuartel Real*.

3.º En fin, el Excmo. Sr. Capitán general Duque de Elío, ministro de la Guerra, dirigió con fecha 27 de Abril una orden encaminada al mismo objeto á todos los comandantes generales del ejército de S. M., á los gobernadores y comandantes de armas.

También esta orden se publicó en la parte oficial de *El Cuartel Real*.

Esto dicho, paréceme necesario manifestar de una vez para siempre el juicio de S. M. sobre la marcha ó la interrupción de los ferrocarriles en tiempo de guerra. Es preciso que la verdad triunfe de la espesa nube de calumnias y mentiras fraguadas acerca de este asunto por la Compañía de los ferrocarriles, por la Prensa revolucionaria, y aun puede decirse por la Prensa semihostil, que está ciertamente bastante mal informada.

S. M. el R.. Don Carlos VII no se deja llevar del sentimentalismo vago é hipócrita del siglo: á la audacia de la mentira opone la fuerza de la verdad.

Si hay alguna medida adoptada sin protesta desde el origen del mundo inscrita en los códigos militares de todos los países, es aquella que consiste en cortar los caminos en tiempo de guerra. Nadie puede negar que un ferrocarril no es más que un camino, y para todo hombre imparcial y juicioso que lo considere militarmente no puede haber diferencia alguna entre el hecho de interceptar un camino de hierro y el de interceptar un simple camino vecinal.

Por eso S. M. el R.., celoso ante todo de la vida de sus voluntarios, debía necesariamente inutilizar medios de guerra tan poderosos como los caminos de hierro, y no es en la patria de Zumalacárregui donde se sufrirá jamás la vergüenza de ver circular los trenes sin previa neutralidad, como se les ha visto circular en guerras recientes entre Berlín y las puertas de Viena, y entre Berlín y las puertas de Cherburgo.

En tiempo de guerra, cuando no se posee un ferrocarril, hay que saber conquistarlo, y cuando se le posee, hay que saber conservarlo.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Asalto á la torre de Solsona por las tropas liberales.

(Gran lámina suelta.)

Famosa en los siglos medios esta torre, estaba destruida ya hacía algunos años y completamente abandonada cuando vino á los carlistas, quienes, como restauradores de lo pasado, empezaron á reconstruirla y levantarla con tal calma, que llegó el sitio antes de que estuvieran terminadas las obras necesarias para su defensa.

Cañoneada toda la mañana del 11 de Agosto de 1875, fué atacada por cuatro batallones mientras se libraba el combate del Cuervo. Los 50 infantes que la defendían los dejaron acercar, y á quemarropa rompieron sobre ellos el fuego, y á los que intentaron subir, les arrojaron á bayonetazos al foso. Los alfonsinos, porfiados, volvieron á la carga; los nuestros les lanzaron entonces granadas de mano, piedras y toda clase de proyectiles. Los fosos se llenaron de muertos y heridos; pero sobre ellos subieron nuevos asaltantes, que á su vez cayeron atravesados por las alabardas y bayonetas de los carlistas.

Tres horas duró esta espantosa lucha, en que el valor por una y otra parte excedió á toda ponderación. Dos de nuestros oficiales cayeron muertos en la brecha que defendían con heroico arrojo; otros nueve voluntarios quedaron fuera de combate, y los 38 restantes se sostuvieron hasta que el gobernador D. Miguel Robí, para que no cayesen prisioneros, les mandó abandonar la torre y retirarse al castillo y la ciudadela. Salieron los nuestros, y el enemigo, creyendo que iban á volar la torre, no se atrevió á subir, hasta que pasado un cuarto de hora entró en las ruinas que quedaban.

Don Juan Castells.— Véase el artículo de la pág. 49.

S. A. el Duque de Mecklembourgo-Schwérin.

(Pág. 52.)

No há mucho tiempo anunciaron los periódicos la llegada á Venecia de este ilustre príncipe, recién convertido á la fe católica. En efecto, el Duque Pablo de Mecklembourgo, fiel amigo de Don Carlos, hospedóse en el Palacio Loredán, con inefable regocijo de su dueño, que también sufre persecuciones de los sectarios.

Los incesantes disgustos que su conversión le ha acarreado, y que tan noblemente soporta, realzan su nobilísima figura y hácenle merecedor al universal aprecio de los que profesan la doctrina de Jesucristo.

Artillería carlista.— Cañón Krupp.

(Pág. 53.)

La primera batería de cañones de campaña, cuyo modelo representa el presente grabado, la mandó fabricar poco antes del sitio de Bilbao D. Tirso de Olazábal. Tenía este insigne guipuzcoano, vivísimo empeño en colocarlos en la línea de Somorrostro; pero desgraciadamente no pudo conseguir su objeto. Entendióse en Londres con un oficial de marina francesa, á quien habían confiado el mando de un vapor que iba á dedicarse á la pesca de perlas, ofreciéndole 6.000 pesetas por llevar los cañones hasta Socoa (Vizcaya).

Las lanchas que de este punto salieron en busca del barco, lo encontraron bastante tarde, y temeroso el capitán de que amaneciera antes de terminado el transbordo, alejóse prometiendo volver la noche siguiente. En vano le aguardaron cuatro ó cinco noches consecutivas. Quince días de angustia pasó Olazábal indagando inútilmente el paradero del anhelado armamento. Por fin recibió una carta del capitán, fechada en Gibraltar, diciendo en ella que no se había atrevido á arriarse á la costa por haber creído que otro barco le vigilaba.

Notificábale, además, que dejaba los cañones en Gibraltar para proseguir su viaje á la China.

Transportados á Inglaterra por orden de Olazábal, pudieron, más tarde, desembarcarse felizmente en Bermeo; pero ya no se pudieron utilizar para la campaña de Somorrostro.

El que representa el grabado, copia exactísima de fotografía, es uno de los que formaban la batería que, á costa de los sacrificios y vicisitudes narrados, pudo introducirse en territorio carlista.

Vista panorámica de la Seo de Urgel.

(Págs. 56 y 57.)

Es la Seo una plaza de segundo orden, destinada solamente á servir de centinela en la frontera de la insignificante república de Andorra. Era la Seo fuerte en los tiempos en que no había cañones rayados; pero desde que los hubo perdió su importancia militar, y los Gobiernos de España la dejaron abandonada por no aumentar los gastos de la patria, haciendo en ella las obras necesarias para ponerla á la altura de lo que los adelantos bélicos de los modernos tiempos exigen. Falta de todos ellos la encontraron los carlistas al conquistarla, y aunque se les acusa no querer los adelantos del siglo, de buena gana hubieran sustituido todas las antiguallas de la Seo, sobre todo sus monumentales cañones esculpidos por fuera y lisos por dentro, por modernas piezas de acero rayadas, si el estado de su hacienda, siempre pobre, la falta de tiempo y otras causas no se lo hubiesen impedido. Tampoco era fuerte la Seo por su posición. Situada á la derecha del Segre, en el valle que forma este río, que viene de Francia al juntarse con el Balira, que precipitadamente baja de Andorra, rodeada por todas partes de elevadas montañas y en las cercanías de la inmensa llanura del Cadis, que levanta hasta las nubes sus gigantescas moles, hallábase la antiquísima episcopal ciudad de la Seo, defendida sólo por una vetusta tapia aspillerada, que adornaban varios tambores y puertas almenadas. Separada de ella por el Balira, se levanta una pequeña cordillera compuesta de tres cerros de desigual altura, y en cada uno de ellos, á modo de centinelas perpetuos, están edificados los tres fuertes que fueron el objeto de la defensa. Ciudad y fuertes son dos cosas distintas, independientes y unidas sólo por una carretera que, saliendo de la puerta de la Princesa y atravesando el Balira, conduce á los segundos.

La ciudad está en el llano y los fuertes en los montes, dominándola y amenazándola constantemente con sus cañones. Los fuertes se asientan en una cadena de montañas, mejor dicho, de picos de desigual altura, que sigue la derecha del Balira hasta las inmediaciones de su confluencia con el Segre. En el punto más cercano á ésta, y en el cerro más elevado y espacioso, está construido el mayor de los fuertes, la ciudadela, con objeto de dominar á los otros dos y ser el principal punto de resistencia. En el cerro intermedio se levanta el castillo, fortaleza inexpugnable en tiempo de los moros, y en el más cercano á Andorra y á la ciudad, que es á la vez el menos elevado, se halla la torre de Solsona, cuyo asalto por las tropas liberales va representado en la lámina suelta de este número. Los tres fuertes se unen entre sí por un camino, que era cubierto cuando tenía tapias que le resguardasen; pero que, desde que se cayeron hace años, quedó completamente al raso. Entre la ciudadela y el castillo, en el declive que forman los montes que sirven de asiento á ambos fuertes, se extiende el infortunado pueblo de Castellciudad. Sus casas, por aprovechar terreno, fueron en tiempos pacíficos acercándose á las paredes de los fuertes, sin pensar en que llegarían días en que sólo hallarían en sus poderosos vecinos destrucción y muerte. A espaldas de Castellciudad y de los fuertes, á tiro de fusil de ellos, pero más elevada, se levanta otra sierra, la del Cuervo,

que por todas partes los domina. De aquí sencillamente resulta que la imprevisión de nuestros abuelos al construir los fuertes lo más cerca que pudieron de la ciudad, en vez de construirlos en el punto más elevado, los hizo completamente inútiles para estos tiempos, pues con las armas modernas quien es dueño del Cuervo es, sólo por este hecho, señor de los fuertes. Sin contar con la ciudad, tenían los carlistas que sostener dos líneas: la formada por la ciudadela, Castellciudad, el puente del Balira, el castillo y la torre de Solsona, que estaban en el mismo plano, y la segunda, que se componía solamente de la sierra del Cuervo á espaldas de la primera. Esta idea de la localidad sirve para apreciar mejor la defensa y comprender cuánto ánimo y cuánto valor necesitaron los sitiados para hacer tan heroica resistencia.

Estella y sus cercanías.

(Págs. 60 y 61.)

La serie de cordilleras que se tiende entre las capitales de Alava y Navarra se halla interrumpida á intervalos por elevados picos y altísimas montañas, que refrescan en las nubes su abundosa y siempre verde cabellera; serpentea los montes el torcido cauce de un río cristalino y bullicioso; asoman á este río su matizada alfombra los frondosos confines de un vallecito pintoresco; en el valle tiene asiento una ciudad, y esa ciudad es Estella. El pueblo de los grandes recuerdos y las grandes esperanzas, el de los encarnizados encuentros y reñidas contiendas, el suelo tantas veces disputado y defendido, la formidable fortaleza de la lucha, el núcleo y corazón de la campaña, el recinto sagrado de la guerra; todo eso ha venido á representar con apasionado colorido y mágico pincel la *ciudad santa* de los carlistas.

Pocos pueblos consiguieron llamar tanto la atención de los demás pueblos; pocas famas supieron conquistar tan alta fama; pocos nombres llegaron á adquirir tanto renombre. Y puesto que publicamos en grabado, copia de fotografía, la vista de esta ciudad, sería desatención no consagrar algunos renglones á bosquejar, siquiera á grandes rasgos, la historia de un pueblo que ha logrado fijar tanta mirada y alcanzar timbres tan renombrados y famosos.

Hacia el 1085 vieron los habitantes de la comarca que unas estrellas irradiaban destellos luminosos sobre una de tantas colinas que rodean la ciudad. Repetido el fenómeno por espacio de algunas noches consecutivas, hallaron en una gruta cercada de follaje una imagen de Nuestra Señora, en cuya mano izquierda descansaba el Niño Redentor del mundo. Difundida por las cercanías la nueva del hallazgo, acudieron á prestar veneración el clero del inmediato pueblo de Abárzuza y el obispo de Pamplona, y poco después el rey D. Sancho Ramírez de Navarra, que á la sazón se hallaba en Toledo, y á quien la noticia del suceso hizo venir á poner su corona á las plantas de María. Rey y obispo quisieron trasladar la imagen al fondo del valle; pero tuvieron que desistir de su intento ante la invencible resistencia que ésta opuso á los pocos pasos de ser conducida en andas; visto lo cual, edificaron en el sitio de la aparición una capilla y una casa contigua para el monarca. El punto en que se hizo inmóvil la imagen contra todos los esfuerzos de sus conductores, distante unos treinta pasos del en que apareció, fué señalado por un pequeño humilladero, en el cual colocaron otra imagen de Nuestra Señora.

Créese que la aparecida es obra de los godos y la ocultaron en aquel sitio á semejanza de otras muchas que los cristianos ponían á cubierto de toda profanación en la época de la invasión agarena. Refiere la tradición que un hombre desalmado, movido por la codicia, despojó á la imagen de los vestidos y joyas con que la había engalanado la piedad de los

fieles, y que á pesar de haber andado toda la noche para esquivar la persecución y borrar los vestigios del robo, amaneció el ladrón á pocos pasos de la basílica. Una cruz perpetúa la memoria de este acontecimiento y del sitio en que fué hecho preso el sacrilego salteador.

La devoción á esta imagen, conocida con el nombre de Nuestra Señora del Puy, es acendrada y profunda. A pesar de que el acceso á la basílica tiene lugar por una subida accidentada y penosa que atraviesa el barrio de San Pedro de Lizarra, vese continuamente visitada por los fieles con una piedad cada día más fervorosa y creciente. Conserva este monumento un doloroso recuerdo de nuestras discordias civiles. Junto á los muros del templo exhalaban su postrer suspiro los generales carlistas inmolados á la intriga en la guerra de los siete años, dando ocasión al acontecimiento histórico denominado «los fusilamientos de Estella». Los meteoros luminosos que sirvieron de guía al descubrimiento de la imagen, dieron nombre y blasón á la ciudad. Fundóla Sancho Ramírez, perpetuando con piadosa solicitud la memoria del hallazgo y situándola en el fondo de un valle cercado de elevadas eminencias que hacen sumamente limitado y escaso su horizonte. La amenidad del terreno la indemniza, sin embargo, del cercenado cielo, con la fertilidad de sus huertas, con sus magníficos paseos y con la lozanía de sus cubiertas y frondosas arboledas. El río Ega divide en dos partes la ciudad, dejando á su izquierda la mayor, la más poblada y embellecida. En esta última, y cerca de los paseos y del río, está el ex convento de San Francisco, célebre por la resistencia que dió margen á los dos sitios con que se inauguraron las primeras jornadas de la pasada guerra.

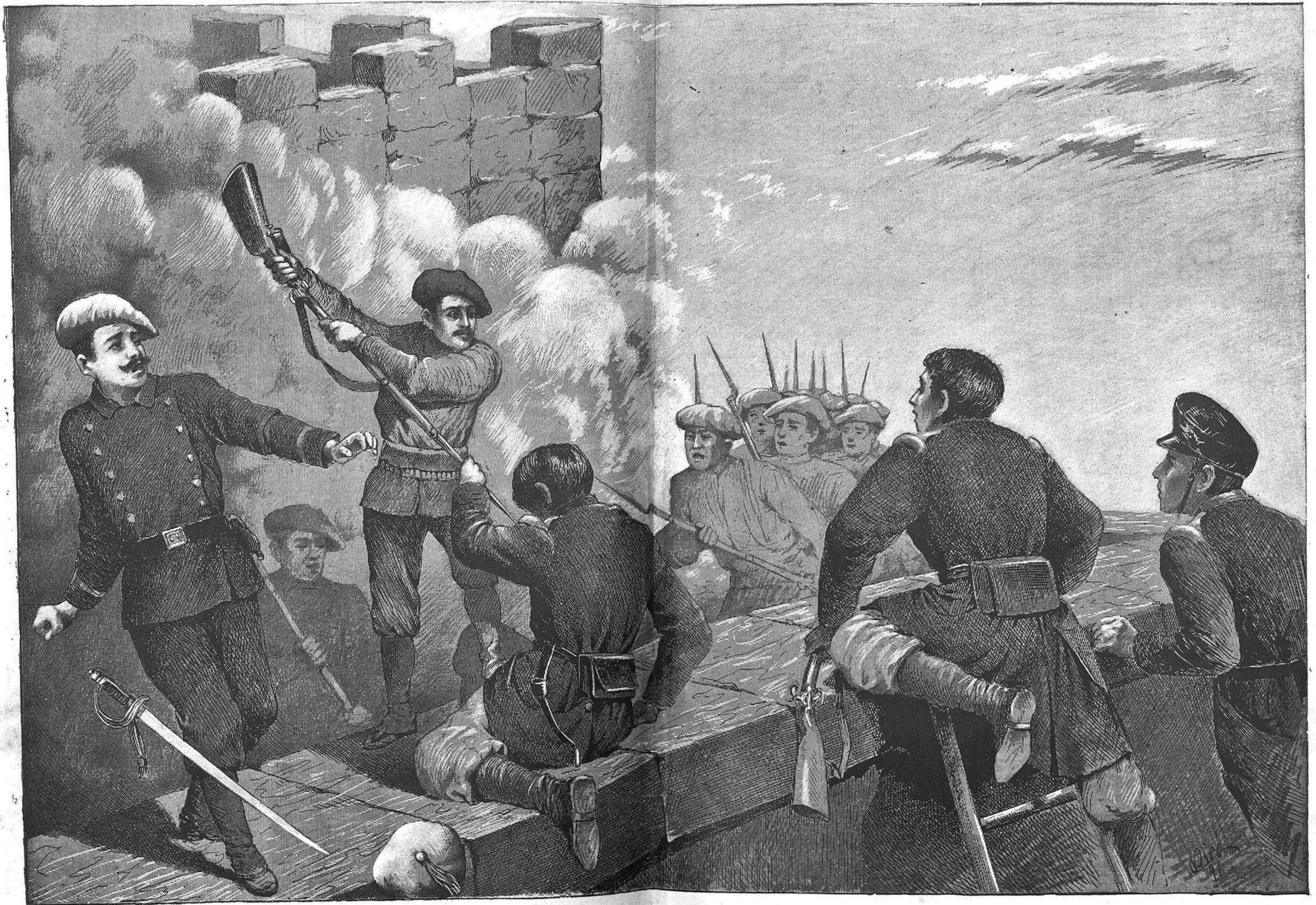
Figuran en la margen derecha las antiquísimas parroquias del Sepulcro y San Pedro de la Rua, asiento primitivo de la población y hoy resto ruinoso de su antiguo engrandecimiento. Levantan sobre ellas su escarpada y erguida mole unas rocas gigantescas denominadas los Castillos, y coronadas por una cruz, acerca de la cual dice la historia lo siguiente: «La afición que el rey D. Enrique *el Gordo* sentía por esta ciudad, hizole venir á habitar la fortaleza principal que se hallaba situada en una alta roca. Criábase en ella á la sazón (1274) su hijo el infante D. Teobaldo, el cual resbaló de los brazos de su nodriza en un momento de descuido, yendo á despedazarse entre los riscos, y siguiéndole en la caída el aya negligente, que acudiendo con celo tardío á su socorro, despeñóse también desde el granítico castillo.

Esa cruz, que se distingue perfectamente en el primer grabado, recuerda hoy al observador curioso el trágico fin del desgraciado infante.

Más rica en nombradía que en población y recinto, adornan la ciudad un buen número de sólidos y elegantes edificios, calles cómodamente pavimentadas y, sobre todo, la regular y holgada plaza de San Juan, uno de cuyos lados forma la iglesia de este nombre, y los tres restantes, alineados porches que sostienen manzanas de casas de bastante correcta construcción.

No porque sea breve el bosquejo que se acaba de trazar, debe inferirse que no son más extensas la importancia histórica de este pueblo y su moderna vida social. Nada hemos hablado de su significación como residencia favorita de los reyes de Navarra, ni como asiento frecuente de sus venerandas Cortes, ni como pertrechada fortaleza del antiguo reino, ni como laborioso taller de la moderna industria.

A propósito no hemos hablado tampoco de su entusiasmo carlista, pues sobre ser sabido de todos nuestros lectores, el haber sido Corte de nuestro Rey ha de ser causa indudablemente de que en números posteriores lo patenticen las reseñas de heroicos hechos y escenas conmovedoras.



SITIO DE LA SEO DE URGEL EN 1875. — ASALTO A LA TORRE DE SOLSONA POR LAS TROPAS LIBERALES.

